

La puerta

Sandra Adriana Leal Larrarte*
Universidad del Quindío

“¿Cómo sabes si la tierra no es más que el infierno de otro planeta?”, esta frase célebre del filósofo francés Pierre Teilhard de Chardin, me ha acompañado gran parte de mi vida adulta, sobre todo cuando recuerdo a don Leopoldo.

No importa cuántos años hayan pasado y cuantos más pasen, la historia de aquel anciano aún crea ecos en mi mente.

Recién había cumplido los diecisiete años. Las fiestas navideñas estaban en pleno auge y la fiesta se sentía en todas partes. En la mañana, como parte de mis labores sociales para el grupo de la iglesia me había comprometido a acompañar a un anciano que vivía cerca a la misa de gallo, por lo que aproveché la excusa para alejarme de casa.

* Comunicadora Social – Periodista, actualmente docente de Prensa en la Universidad del Quindío, Colombia. Ha publicado Cuentos, vocales y cerezas, 2001 (libro de cuentos) y La isla de las palabras, 2005 (novela infantil). Obtuvo, entre otros, el primer lugar, categoría adultos, en el Concurso de Cuento “Ciudad de Bogotá” YWCA, 2003. Con el cuento Todo por un maní. Segundo lugar, Concurso de Cuento Corto “Dunant Passy” 2003 con La Virgen del Perdón.

Aprendiz de escritora nacida en Bogotá, tan sólo diez meses después de que el hombre pusiera pie en la Luna. Ningún evento significativo enmarcó su nacimiento ni su destino, pero como periodista desarrolló su habilidad de escribir y como docente de prensa su habilidad para aprender. Es así como se pasa las horas muertas escribiendo cuentos y novelas que sólo entusiastas jurados de algún concurso literario podrán leer, con la esperanza de algún día ser leída por todos. Docente en la Universidad del Quindío, promoviendo la libertad creativa como una fuente de realización personal. sanarida70@gmail.com

En la noche de Navidad todos parecen volverse locos, salen a hacer compras de última hora, a visitar amigos, familiares y novios o novias en menos de dos horas. No faltan los que recorren la calle en busca de amigos con botellas de vino o aguardiente tan sólo para poderles goterear un poco y así asegurarse una buena borrachera. En fin, están todos demasiado atareados y con afanes como para poner atención a los ancianos enfermos que tratan de encontrar su propio camino. Por eso me había ofrecido a ayudar.

Don Leopoldo Arteaga, como se llamaba, tendría en ese entonces unos 80 años, alguien a quien el paso de los años lo había llevado a la categoría de viejo enclenque, pero que, por su apariencia, uno podía adivinar que había sido un hombre atractivo en su tiempo; aún creo verlo, con sus sacos grandes, camisas de rayas y gorra de abuelo, pero lo más característico de él era el olor a colonia Old Spice.

—Por fin llega, niña —dijo don Leopoldo mientras miraba con impaciencia su reloj. Cuando lleguemos a la iglesia la misa ya habrá empezado.

—Aún falta una hora —respondí en tono de disculpa y asombro.

No dijo nada, sólo me miró con un acento de desesperación, sacó su andadera y emprendimos el camino. Las

calles reverberaban de gente, pero nosotros apenas si respetábamos ese afán. Quizás al anciano le avergonzaba su lentitud, lo digo por la forma en que mutó su mal genio de un momento a otro. Me miró, sonrió, e hizo un ligero gesto mientras regresaba su mirada al piso. Representábamos los opuestos: su vejez, mi juventud, su caminar lento y pesado frente a la euforia natural de mis 17 años. De repente aspiró el aire muy profundamente con una cierta alegría en su cara.

—Ah, la navidad. Tiene un cierto olor que me recuerda la vida —no comprendí nada de lo que decía—. Hoy son 40 años —respondió—. Hace cuatro décadas, una noche como esta, la vida me mostró cuán especial, cruel, maravillosa y trágica puede ser.

Se lo explicaré. Cuando recién cumplí los 40 años estaba en la plenitud de la vida, creía tenerlo todo resuelto. Estaba felizmente casado, con dos pequeños hijos a los que amaba (y aún amo) profundamente. Además, tenía la otra bendición que cualquier ser humano desea tener: un amigo con el que podía contar, se llamaba Octavio y llevaba días que no lo veía y me tenía preocupado porque conocidos mutuos murmuraban de ciertos cambios y comportamientos “locos” que habían visto en él. Así que tenía un doble motivo para buscarlo: primero, felicitarlo en la navidad y, segundo, preguntar por su estado de salud.

Caminaba solitario por la calle hacia su casa, aun pensando en las recomendaciones de mi mujer quien les enviaba unos tamales que quería compartir con él y su esposa, una encantadora dama con la que había hecho amistad, pero con la que se veía pocas veces. Como representante de la familia quise compartir el sentimiento navideño con ese pequeño detalle, pero resultó que en el camino me encontré con Octavio y sólo pude suponer que estaba borracho por la manera obsesiva en que palpaba la pared.

—Octavio, ¿cómo le ha ido? —lo saludé, pero ni siquiera miró-. ¿Qué hace, hermano?

—Leopoldo, no la encuentro —no comprendí, pero antes de que dijera algo replicó-: ¡la puerta, la puerta! No la encuentro.

—A dos metros está la puerta —señalé con obviedad la puerta de su casa que estaba a un par de metros.

—¡NO! ¡Esa no! Yo quiero la puerta.

Dijo y salió corriendo en dirección opuesta, golpeando ladrillos al azar. Sin saber qué más hacer, lo seguí preocupado, pensando que realmente había perdido la cordura y pudiera hacerse daño, corrió dos calles zigzagueando hasta llegar a un callejón oscuro.

—Octavio, deténgase —grité-, ¿qué le pasa?

Continuó tanteando entre los ladrillos de manera obsesiva hasta que por fin tocó uno que hizo temblar la pared y como si nada, una nube negra apareció sobre un segmento de ella, al disiparse había un hueco, una puerta oculta. Mi amigo no dijo nada, no hacía falta, me miró con ojos brillantes llenos de una emoción incalculable y penetró por el umbral.

Titubeé por un momento. ¿Qué hacer? ¿Qué era lo correcto ante algo tan inusual? ¿De dónde había salido esa nube, esa puerta y en especial, de dónde venía la luz que se proyectaba de ella? Lo seguí, pero nada más me asomé a la puerta la sorpresa me embargó: al otro lado de esa entrada un brillante sol nos esperaba. En contraste con el frío callejón hecho de cemento y ladrillo en el que me encontraba, al otro lado se veía un inmenso desierto en cuyo horizonte se vislumbraba una pequeña aldea como la de las películas del Sahara. No sólo era lo que se veía, sino el olor, olía a aire caliente mientras si daba un paso atrás podía oler el aire frío de la noche citadina.

—¿Qué hizo usted al ver aquello? —pregunté interesada interrumpiendo el recuerdo.

—Los seres humanos somos curiosos... Naturalmente crucé esa extraña puerta.

Me reí en silencio, pensé: “seguro creyó que soy una niña a la que puede contarle cuentos” y por eso me sentí algo ofendida, pero no pareció notarlo.

—Recorrió el camino hasta la aldea. Juro que fueron los peores quince minutos de mi vida. El ardor de aquel sol me hizo tirar mi chaqueta y el paquete que mi esposa había armado con tanto cariño. Pero cuando llegué me encontré con un Octavio diferente, era mi amigo, pero estaba irreconocible. Su felicidad era inexplicable, se abrazaba a unos extraños cubiertos por una especie de sotana.

—¿Qué hizo cuando lo vio a usted? ¿Corrió otra vez?

—Para nada. Me explicó quién era. Su verdadero nombre no era Octavio, era un nombre que tuvo que adoptar para poder sobrevivir en la ciudad. Veinte años atrás había encontrado una puerta extraña en una de las calles de su campamento porque ellos eran nómadas, dicha puerta lo había hecho internarse en un mundo que no era el suyo con unas costumbres que para él eran odiosas, con unas exigencias que le parecían absurdas, la libertad que sentía

en su aldea fue cambiada por la tiranía del mercado financiero. Era un hombre, pero un esclavo de la sociedad que tan sólo trató de adaptarse para sobrevivir en un régimen malicioso, como calificaba a mi civilización.

Sin embargo, regresar para él no fue tan fácil, al retornar sobre sus pasos descubrió que la puerta ya había desaparecido. La buscó por mucho tiempo, pero finalmente se dio por vencido y se adhirió a las costumbres de nuestro mundo. Creyó estar totalmente satisfecho con lo que había logrado, un negocio, una familia, pero dos semanas atrás mientras caminaba hacia lo que llamaba su “hogar de esclavo” por error o por costumbre hundió un trozo de pared que le abrió la puerta, aquella puerta, pero esta se cerró pronto y los recuerdos de su vida anterior se despertaron llenándolo de desesperación, así como de deseo. Hasta que la suerte le sonrió en aquel callejón.

Cuando me contó toda su historia y saboreé las delicias de su hospitalidad, tomé la decisión de irme. Aquello que para él era opresión para mí era mi medio de vida y no me era tan infame como él lo sentía. Me pidió que contara a su esposa

sólo lo preciso, lamentaba dejarla, pero sabía que ella no sobreviviría en su mundo.

Yo tuve mejor suerte que él, encontré la puerta mágica, o portal dimensional, o como quiera llamarlo, tan sólo tres días después. Crucé sin mirar atrás, feliz por abandonar esa aridez y ese sofoco del desierto. Lo malo es que no llegué a mi casa, entré a un mundo paralelo en el que no podía ser libre por el solo hecho de ser un hombre de color, así que hui tan pronto como pude. Luego, entré a un mundo donde las mariposas eran gigantes, a otro donde las mujeres mandaban, en uno de ellos incluso fui un artista destacado, pero ninguno me satisfizo.

En ese instante se puso un dedo en los labios y señaló hacia adelante. Habíamos llegado a la iglesia. Soporté la ceremonia con mucha entereza, digo yo, porque me moría de ganas por saber cómo terminaba aquella historia tan de ficción, pero tan buena. Una hora después el padre dijo para bien de todos: “podéis ir en paz”. Salimos despacio, pero fue imposible apartarse de tantos parroquianos amigos míos o de don Leopoldo que querían despedirse de nosotros o desearnos una feliz navidad. Cuando finalmente estuvimos en camino hice la pregunta que hace rato sonaba en mi cabeza.

—Entonces ¿cómo hizo para regresar?

— Así estuve casi diez años, yendo de dimensión en dimensión buscando mi hogar, a mi hermosa esposa y a mis amados hijos —guardó silencio por unos segundos y añadió— ¿Quién dice que regresé?